

MARÍA ZABAY

La Alumna

NOVELA



© MARÍA ZABAY, 2016
© ARCOPRESS, S. L., 2016

Primera edición: octubre de 2016

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN NOVELA • EDITORIAL ARCOPRESS
Directora editorial: ISABEL BLASCO LÓPEZ
Edición: JAVIER ORTEGA
Corrección y maquetación: JOSÉ MARÍA BRAVO

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ
ISBN: 978-84-16002-56-6
Depósito Legal: CO-1505-2016
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Para mis queridos Mir y Alberto,
por vuestro apoyo incondicional.
Todos los libros serían pocos...*

*También a Laura, Leonor y Leticia.
Sin vosotras, nada sería lo mismo.
Os quiero.*

*No era amor. Fue otra cosa
Pero según murmuran en la ciudad aquella,
Yo cometí el delito de inventarte una estrella,
Y fue tuyo el pecado de ofrecerme una rosa.
No era amor, no era eso [...].*

No era amor, José Ángel Buesa

I

Abrí mis piernas como la que abre la agenda para acometer las tareas del día. Una pierna en la página del día par y la otra en la del impar. Su pene era la cinta que cuelga del lomo del dietario y te recuerda en qué día estás.

Lento pero rítmico, como la *Zarabanda* de Haendel, fue pasando el curso 2014-2015.

II

Jueves, 15 de septiembre de 2014.

Sonó el timbre y entré. Lo hice entre cientos de cuerpos unidos que se empujaban los unos a los otros. Busqué mi nombre en la lista pegada a los cristales de la recepción. Números y más números. Pero allí estaba, en medio, entre un sinfín de nombres y apellidos: Mariela Sánchez Baena, setenta y siete, aula tres. Una masa revuelta se repartía en pupitres organizados en filas escalonadas que aportaban cierto orden al desorden. Era el Aula Magna.

El último en entrar fue él. Lo hizo pausadamente, con su maletín negro en la mano izquierda y la derecha metida en el bolsillo del pantalón, observando sereno las gradas. Su mesa y la pizarra estaban en alto. Subió las escaleras, miró desafiante y, cuando el silencio se impuso en la sala, comenzó a hablar en catalán:

—Bienvenidos a Historia Contemporánea de *Catalunya*. Escuchen con atención porque aquí van a descubrir la verdad. Probablemente están ante la asignatura más importante del grado de Humanidades, porque con ella van a saber qué es lo que en realidad ocurrió en esta nación. Buenas tardes. Les veo mañana.

Fueron sus primeras palabras. Y las únicas. Tranquilas, serenas e inquietantes. Casi desafiantes. «¿Qué ha querido decir?», se preguntaban algunos en corrillos cuando se fue; otros conjeturaban acerca de él, de ese hombre alto y serio que había hablado diecinueve segundos y que, sin recomendar un libro

ni estrenar la pizarra, se había marchado con su maletín, cerrando la puerta tras él.

Pensé que era un déspota, quizá un tirano; uno de esos que disfrutaban haciéndose los interesantes y arrasando al alumnado a fuerza de suspensos.

—Nos espera buena con el guaperas —susurró una chica que tenía al lado.

Yo... lo comprobé.

Fue un martes, después de «Metodología de estudio y escritura académica».

—¡Mariela!

Alguien me llama. Oigo mi nombre. Lo ha pronunciado una voz familiar, varonil. Su tono gélido me intimida. Me vuelvo sorprendida. Es él. Don Álar Colomer Casas, profesor asociado de Historia Contemporánea. Lo miro de arriba abajo, extrañada. Abro los ojos con perplejidad y mis mejillas se sonrojan. Parece un alumno de quinto curso. Viste impecable. Es atractivo, muy atractivo. Intensos ojos grises que perturban, piel cetrina, pelo negro (apuntan algunas canas por las patillas), raya a un lado, corto pero lo suficientemente largo como para que le caigan las ondas del flequillo por la frente. Le caen. También sus pantalones. Son vaqueros, ajustados. Calza mocasines acordonados que relucen; ni una mancha, ni rastro de un roce o un pisotón. ¿Les habrá sacado brillo en el descansillo? Ha debido frotar duro. La camisa es blanca, la americana azul marengo y la corbata plomo. Se me van los ojos al nudo; es muy grueso, demasiado. Lo miro y me doy cuenta de que es muy *sexy*. Su espalda parece la de un nadador. Me recuerda la del gran Camille Lacourt, cuando recogió el oro en Shanghái, y pensé que solo por verle yo nadaría piscinas, mares y océanos. No es Camille, pero incluso me gusta más. A estas alturas, ya he consultado por Internet y descubierto que tiene treinta y siete años, estudios en Harvard y sangre noble. Es el primogénito de una de las

familias más ilustres de la tierra que me ha aceptado en calidad de adoptada, como ya lo hiciera antes con mis padres y mis abuelos.

—¿Se dirige a mí?

—Sí. ¿A quién, si no? —dice con una mueca simpática—. A María, la elegida, y Estela, la estrella. No se me ocurre nadie mejor a quien hablarle. ¿Qué le parece la asignatura? ¿Aprende?

Da la impresión de que se divierte. Sus labios esbozan una sonrisa pícaro y sus ojos chispean como si sus palabras contuvieran algo que se me escapa.

—Sí. No sé... Todavía es un poco pronto. No llevamos ni dos semanas. —Lo cierto es que en este instante no soy capaz de recordar ni el título de su asignatura. Me siento ridícula y empalidezco. ¿Se puede saber qué tontería has dicho? ¿Acaso crees que él no sabe cuánto lleváis de clases?

Él me mira serio, con ojos fríos. Me pongo nerviosa, siento como un sofoco sube por mi garganta hasta quemar mis mejillas y mis orejas, y titubeo un «bueno» que suena absurdo.

—Parece interesante —intento arreglarlo.

—¿De veras? ¿No se aburre? —pregunta alzando una ceja y esbozando una nueva sonrisa, ésta un tanto burlona.

—En absoluto. —Menos mal, ahora sí he sido categórica. Esta conversación empieza a ser incómoda con tanta pregunta. Parece un examen. Vuelve a ponerse serio.

—Me alegro. ¿Ve cómo ha tenido suficiente...? —dice él en respuesta al poco tiempo que acabo de alegar para entrar en valoraciones—. Somos animales y, como tales, nos movemos por impulsos.

No contesto, solo me pongo aún más blanca.

—Por instintos e intuiciones —matiza con el afán de suavizar su comentario—. Así que los suyos ya le habrán dicho algo. ¡Venga conmigo! Quiero darle una cosa —dice, y comienza a andar. Yo le sigo.

Me siento fascinada. Contemplo su espalda, recta, atlética, y sus pasos, firmes. Es el mismo hombre serio y *sexy* que todas admirábamos boquiabiertas mientras hablaba de no sé qué

sobre señores y vasallos. Y está ahí, andando, delante de mí, para mí.

—No parece de aquí. ¿De dónde es? —me pregunta sin girarse.

—Nací en Badalona, pero tengo raíces de Málaga y de Granada, a medias. Mis abuelos emigraron a Cataluña después de la guerra y yo todavía me siento *granaína*, y malagueña. ¡Y de aquí, claro! —parloteo sin ser muy consciente de a quién tengo delante.

—¿Habla el catalán?

—Lo entiendo, pero no lo hablo nunca, salvo con alguna amiga. En casa siempre hemos hablado castellano o español, como dice mi padre. Es muy españolista.

Se gira y cambia el gesto. No le ha gustado. ¡Cállate, Mariela! Cállate de una vez. ¡Es tu profesor de Historia de Cataluña! A este paso te va a suspender antes de empezar el curso. No aprendo. Mira que me lo dice veces mi madre: «Hija, escucha y piensa antes de abrir la boca».

—No se ha integrado muy bien su familia... —apunta con sequedad mientras avanza con paso firme.

—¡Qué va! Sí que lo ha hecho. Está usted muy equivocado. —No lo está. Sonríe forzosamente—. Mi padre lo parlotea, lo que ocurre es que es andaluz de pura cepa y en casa quiere mantener algo de allí. Creo que lleva la Alhambra en las venas.

—Quizá debería volver —ahora parece crispado.

Se crea un incómodo silencio. Me quedo cortada. Continúa sin girarse. Justo llegamos a su despacho, introduce la llave y me cede el paso.

—Pase usted, señorita. Porque es señorita, ¿verdad? —lo dice sonriendo, con un tono pícaro que me ruboriza. Siento como dos braseros suben a mis mejillas y se instalan en ellas. Es guapo, muy guapo. E interesante. Tanto como directo. Y me atrae. Mucho. En exceso. Pienso que también yo a él, pero dudo. ¿Cómo saberlo?

Tan pronto pasa al interior del despacho, cierra la puerta. Es un habitáculo grande, con un ventanal inmenso al frente. Ni una foto. Ni un recuerdo. Solo libros. Sobre la mesa hay

colocados unos cuantos sobre unas cartas y algunas notas ininteligibles. De nuevo me da la espalda, esta vez para ofrecerle la cara a la gran librería que cubre toda la pared izquierda. En ella rebusca, saca libros, manuales y carpetas hasta que, por fin, da con él: *Els temps i el règimen de Wifred el pilós*.

—Tome —me dice tendiendo la mano.

—¿Qué es?

—Un pequeño estudio de Ramon d'Abadal sobre el conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, y algo más. ¿Sabe quién es?

—No.

—Léalo. Es una pequeña ventaja que le brindo respecto a sus compañeros. Aprovéchela —vuelve a poner cara de pícaro, y yo me derrito.

—Lo haré.

Lo cojo como quien agarra un cofre sellado; atribulada, entre la decepción y la curiosidad. Me interesa él y me ofrece un folleto de un conde de doce siglos atrás. Lo aprieto contra mí, fuerzo una sonrisa y me marchó. Lo hago con la duda de si ha sido una excusa para hablarme, una manera de engancharme a su asignatura o una maniobra para adoctrinarme.

Él no se inmuta.

En el autobús de camino a casa, bajo la perfecta bóveda de la tarde, ojeo las primeras páginas del minúsculo estudio que con tanto ahínco ha buscado el profesor Colomer. Al parecer, el conde Wifredo el Velloso agrupó a una serie de condados bajo su gobierno, cuya unión se deshizo tras su muerte, en el año 897. ¿A quién le importa Wifredo? A mí no. Ni él ni su linaje hispanogodo ni su pecho frondoso —si es que era ése el motivo del apodo—. Lo cierro y mi mente vuela al pasillo de la Facultad, y de ahí a sus ojos, sus manos, su espalda y ese tono sereno. Repaso sus movimientos, y sus palabras. Tan pausado y seguro. Tan inquietante. ¿Le gustaré? Me encanta.

A la una de la madrugada todavía ando con el profesor Colomer en mis pensamientos. ¿Para qué dormir si es más bonito lo que sueño despierta? Ni el agotamiento puede con Àlvar Colomer Casas. Lo imagino en el campus, me espera de pie frente a la entrada principal del edificio, me sonrío, me acerco, me aprieta entre sus brazos, agacha la cabeza para darme un beso, yo estiro el cuello, rozo su barbilla con mis labios y me da vueltas como una noria, igual que me lo hacía mi padre cuando era pequeña.

Por la mañana, cuando abro los ojos, deseo que pueda vivir mi sueño. ¿Y si se cumple? A lo mejor sucede... A mis padres les ocurrió. Mi padre vio a mi madre de espaldas en un baile, le dio un codazo a su amigo y le dijo «Con esa me caso», se acercó a ella, le pidió bailar y aquí siguen, bailando, veinticinco años después, sin parar.

Me ducho, me seco el pelo, me dibujo una raya negra sobre las pestañas alargándome los ojos, me aplico rímel, colorete y un poco de rosa coral en los labios. Quiero estar perfecta cuando me vea, aunque quizá hoy no me lo encuentre porque no tengo clase con él. Mi único deseo es cruzármelo y que me vuelva a hablar, que se fije en mí, que me desee. Basta con que lo haga la mitad de lo que lo hago yo.

Regreso a la universidad con Wifredo el Velloso dentro de mi bolso. En el autobús, leo cinco páginas soporíferas, hasta la veintidós. Es lo mejor que puedo hacer para que vea que me aplico. Quiero impresionarle, no soy una más. Voy a ser su mejor alumna.

Entro en el edificio. Me doy una vuelta por todos los pasillos, nada, ni rastro. Procedo a la segunda vuelta. Hay luz en su despacho. Debe de acabar de llegar. Me giro y regreso andando lo andado. De repente, lo veo. Está ahí, en la máquina de dulces y aperitivos. No me ha visto. Acaba de pagar algo, recoge unas monedas y saca una palmera de chocolate negro. La abre y mastica. ¿Qué hago? No sé si parar... Camino, me detengo, ando, me giro...

—¿Mariela?

¡Bien! Me ha visto.

—Hola —digo nerviosa.

—¿Qué hace aquí tan pronto? —me pregunta masticando la palmera.

—Quería leer en la biblioteca.

—¿Ha podido mirar el libro?

—Sí. Ya he avanzado mucho.

—Muy bien —sigue comiendo mientras habla. Da otro mordisco, saborea, se lame los labios recogiendo los restos de hojaldre y chocolate, pero se deja un pegote en la comisura. Yo aprieto los labios para no reír, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—¿Le hago gracia?

—Es que tiene... Ahí —le digo señalando justo el trozo de chocolate.

Se pasa la mano y me hace una mueca simpática que me desconcentra.

—Bueno, señorita, mañana la veo. Vaya usted a leer. Yo tengo que lavarme los dientes.

De nuevo río.

No vuelvo a verlo en todo el día, pero pienso en él de manera constante. Me pregunto si esto es normal.

Es hora de ir a casa. Tomo el autobús, me siento, de nuevo en el fondo, pegada al cristal, pongo el bolso sobre las piernas, saco mi tomo sobre Wifredo, busco la página veintidós y reanudo mi lectura. No aguanto a Wifredo, me aburre. Intento concentrarme, pero la imagen del profesor Colomer Casas vuelve a mí. Ese rictus suyo entre frío, afable e irónico me resulta un completo enigma. Para mí, ese hombre es un imán de atracción y me desconcierta pensar en él de un modo obsesivo. De repente, me noto mojada. Mi lencería está húmeda. Sueño. Sus manos me tocan. Estamos en la última fila, pegados a la ventana, el autobús va lleno, los cuerpos se rozan, pero nadie dentro nos ve, nadie; únicamente los viandantes, como en un escaparate.

Se ha deshecho la corbata. Estoy apoyada en su hombro, reposa la mano en mi entrepierna, un escalofrío me recorre y deseo que toda aquella gente se evapore y él continúe. Aún

es de día. Nos señalan y nos acariciamos más. Más y con más fuerza. Entonces siento un gran calor que me sube por la garganta y, de repente, noto un codo en mi brazo. Es el chico de al lado empujando para bajarse. Lo hace de un salto. Yo también. Doy un traspié. Casi me caigo. Miro alrededor, unos chicos de unos catorce años se están riendo. Bajo la cabeza con cierta vergüenza y emprendo el paso hasta mi casa. Allí me espera mi madre con la cena. Caldo de pollo con acelgas y puerros, y tortilla de patata. La hace mejor que nadie, y también más que nadie. Empiezo a cansarme de verla en el plato tres días por semana. El piso entero huele a sofrito de cebolla y mi intestino está saturado de amarilidácea. Yo engullo mientras mi madre me interroga con sus preguntas curiosas sobre las clases, los compañeros y los profesores. Le apasiona que le cuente anécdotas minúsculas, que ella convierte en mayúsculas. Entretanto, mi padre pone caras de reprobación que no sé muy bien qué significan. Nunca le entiendo. Le ignoro, mastico, trago, hablo, pero, sin poder evitarlo, enrojezco de indignación. Él es así. Bueno como un santo; pero no basta con ser bueno. Hay que descomplicar lo enrevesado y hacer felices a los de alrededor. Él, en este punto, anda despistado. Me consta que lo intenta, pero tengo constancia de que no lo consigue. Creo que por culpa de su trabajo. Demasiadas horas en un taxi, esperando a llenar la cartera para que nosotros vivamos. Está agotado y, de alguna manera, frustrado.

En la cama pienso en el profesor Colomer y en lo que me ha ocurrido. Es la primera vez. Nunca antes he fantaseado algo así, y menos aún en un autobús. Me siento culpable. No por hacerlo, porque, entre mis amigas, es algo normal. Eso y mucho más. Lo de ellas es muy fuerte, o lo mío, no sé. De hecho, soy la única rara que solo lo hace con chicos, y de uno en uno. Agnes e Iris se han enrollado varias veces entre ellas con el afán de experimentar. A mí me repele, siempre me ha parecido que no es posible encontrar atractivo a un hombre y a una mujer por igual, con el pene y las tetas, tan distintos; por el contrario,